

de la distracción o el alivio—y, después, las gentes que por razones de profesión giran en torno de estas compañías errantes—, forman un mundo cuyo existir difícilmente se compadece con ninguna de las fidelidades ahincadas de la localización sentimental... En este mundo, los incendios de la pasión son frecuentemente cosa fugaz y ligera. No hay razón, sin embargo, para que hayan de serlo siempre... Quiere decir que debe proveerse a la manera de hacer compatibles en algunas sensibilidades delicadas la autenticidad, la seriedad y aun la profundidad del afecto con la intermitencia de sus manifestaciones de intimidad.

Aquí interviene la teoría del *amor anastrofíco*. Propongo que se llame así—con una fórmula verbal cuya pedantería sea precisamente la garantía y el escudo de su pureza ideológica—, a esta forma característica del amor moderno, en que la fidelidad se ha vuelto independiente de la continuidad. *Anastrofe*, trae, en griego, idea de *vuelta* o de *retorno*; puede este retorno ser periódico y regular, o no serlo; en el espacio, o en el tiempo, o en el espacio y en el tiempo a la vez. Un *anastroférota*—mote feo, linda virtud—es un amante *que vuelve*. Un amante, por ejemplo, que sabe que cada otoño encontrará durante un mes a su amada en el Lido o que arbitra el modo de realizar de tiempo en tiempo con ella una emocionada travesía en un transatlántico.

Entre otoño y otoño, entre travesía y travesía—o entre encuentro y encuentro en las ciudades del mundo—o entre cura y cura de sanatorio o balneario—o entre visita y visita al paso de un tren—, ¿qué exigencias recíprocas, qué normas para la conducta? Mucho lugar queda aquí, debe quedar inevitablemente, para las gracias y las diferencias del matiz. El amor anastrofíco prescinde, lo más frecuentemente, de buena gana, de reminiscencias de la caballería medieval o de la lírica trovadoresca. Ni el caballero que parte a la cruzada encierra a su dama en la soledad de una torre con puertas de hierro, ni Dulcinea exige a su Don Quijote esquivéz arisca cuando la aventura le trajere a casa de unos duques, donde las noches brindan regocijadas coyunturas de sorpresa y solaz. Crece en las pruebas la nobleza de la devoción; en el paso y cadena de los años, se acrisola; en la discontinuidad se eterniza. Si se platoniza, es por evolución, poco a poco. Una especie de conyugalidad dulce, con poesía muy segura por lo emancipada de los peligros de la cotidianidad, substituye sin desventaja para el espíritu, las perentoriedades—tal vez por lo mismo que brutales, pasajeras—

de la absorbente y autoritaria pasión. Los amantes elevan su ímpetu sentimental hasta aquel punto de perfección y de dignidad acabada, en que ya el nombre de amante ha de ceder plaza a aquel otro, mucho más raro, mucho más difícil para aplicado con exquisita propiedad—hasta el nombre de *amigos*.

Un *amor* que se educa en las rigurosas disciplinas de la ausencia para convertirse en *amistad*: esto es, en rigor, el amor anastrofíco.

ESPEJO DE ANASTROFEROTAS.

Dos breves historias, nada más, para iluminar un poco, con el ejemplo, la doctrina de la anastroferotia. Dos anécdotas, a beneficio de la fijación de una categoría.

En la promiscuidad de un balneario elegante, en el centro de Europa, una afinidad electiva que se ilumina y enciende. Solicita él; ella no resiste, pero aplaza. «Aquí, viviendo casi en familia y entre familias—dice con imperiosa delicadeza y valiéndose de símbolos froidianos—, un abandono había de traernos casi las repugnancias del complejo de Edipo». Viene, con el otoño, la separación. Una cita, para la próxima primavera, que exigirá un viaje algo largo por parte de cada uno. Cumplido el tiempo, la ocasión se aproxima. Pero he aquí que ella ha llegado a los brazos de él manchada de sangre y sin sentido. Se ha herido en el viaje. Ya para él los días

de compañía serán únicamente unas angustiosas jornadas de enfermero... Nueva cita para el agosto que viene. Este agosto es el agosto de la gran guerra. Unas pocas cartas trágicas al principio. Cuatro años mortales sin comunicación, sin noticias. Cuando el armisticio, ya los dos amantes han perdido recíprocamente el rastro. Dos años más se necesitan para que vuelen otra vez unas palabras de ella hasta él. Estas palabras cuentan la historia de un período. Ella se ha casado, le ha nacido un hijo de la guerra. Le espera a él, el verano próximo, en una estación alpina del centro de Europa.

Otra historia verídica, El, el gran violoncelista inglés, de arte austero y profundo, daba un concierto en una ciudad del mediodía. Desde un palco proscenio, una dama le oía, fijos en él unos grandes ojos, muy tristes, adonde inconscientemente se asomaba una especie de súplica. Terminó el concierto; al día siguiente abandonaba el músico aquella población. ¿Nada más? Nada más. Nada más, sino que dos años después, estando aquél en Londres, después de una temporada de enfermedad, de que dieron cuenta los periódicos del mundo, recibió una mañana un telegrama casi sin señas y sin ninguna firma, que decía, en francés: «*Je pars samedi...*» Empujado por mágicas seguridades de adivinación, dejó el artista Londres, atravesó el Canal, y el domingo por la mañana esperaba en los andenes del Quai d'Orsay. Minutos más tarde, sin poder hablar él, rendido por la emoción, sin poder hablar ella, él besaba entre pieles las dos manos morenas, frías y temblorosas de la dama del palco proscenio.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

(A. B. C., Madrid).

EUGENIO D'ORS.

Si pesca un dolor de cabeza
tome Obleas Cefálicas

Tienen
cafeína

